

24 de junio - Natividad de San Juan Bautista A - B - C

Juan venía como testigo, para dar testimonio de la luz y para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto. (cf. Jn 1,7; Lc 1,17)



Primera lectura

Isaías 49,1-6

¡Oídmme, islas, atended, pueblos lejanos! Yahveh desde el seno materno me llamó; desde las entrañas de mi madre recordó mi nombre. Hizo mi boca como espada afilada, en la sombra de su mano me escondió; hízome como saeta aguda, en su carcaj me guardó. Me dijo: "Tú eres mi siervo (Israel), en quien me gloriaré."

Pues yo decía: "Por poco me he fatigado, en vano e inútilmente mi vigor he gastado. ¿De veras que Yahveh se ocupa de mi causa, y mi Dios de mi trabajo?"

Ahora, pues, dice Yahveh, el que me plasmó desde el seno materno para siervo suyo, para hacer que Jacob vuelva a él, y que Israel se le una. Mas yo era glorificado a los ojos de Yahveh, mi Dios era mi fuerza.

"Poco es que seas mi siervo, en orden a levantar las tribus de Jacob, y de hacer volver los preservados de Israel. Te voy a poner por luz de las gentes, para que mi salvación alcance hasta los confines de la tierra."

Segunda lectura

Hechos de los Apóstoles 13,16.22-26

En la sinagoga de Antioquía Pablo se levantó, hizo señal con la mano y dijo: Israelitas y cuantos teméis a Dios, escuchad: Dios suscitó por rey a David, de quien precisamente dio este testimonio: He encontrado a David, el hijo de Jesé, un hombre según mi corazón, que realizará todo lo que yo quiera. De la descendencia de éste, Dios, según la Promesa, ha suscitado para Israel un Salvador, Jesús.

Juan predicó como precursor, ante su venida, un bautismo de conversión a todo el pueblo de Israel. Al final de su carrera, Juan decía: "Yo no soy el que vosotros os pensáis, sino mirad que viene detrás de mí aquel a quien no soy digno de desatar las sandalias de los pies."

Hermanos y hermanas, hijos e hijas de la raza de Abraham, y cuantos entre vosotros temen a Dios: a vosotros ha sido enviada esta Palabra de salvación.

Se le cumplió a Isabel el tiempo de dar a luz, y tuvo un hijo. Oyeron sus vecinos y parientes que el Señor le había hecho gran misericordia, y se congratulaban con ella.

Y sucedió que al octavo día fueron a circuncidar al niño, y querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías, pero su madre, tomando la palabra, dijo: "No; se ha de llamar Juan." Le decían: "No hay nadie en tu parentela que tenga ese nombre." Y preguntaban por señas a su padre cómo quería que se le llamase. Él pidió una tablilla y escribió: "Juan es su nombre." Y todos quedaron admirados. Y al punto se abrió su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios.

Invadió el temor a todos sus vecinos, y en toda la montaña de Judea se comentaban todas estas cosas; todos los que las oían las grababan en su corazón, diciendo: "Pues ¿qué será este niño?" Porque, en efecto, la mano del Señor estaba con él.

El niño crecía y su espíritu se fortalecía; vivió en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.

Meditación

Como a mujer encinta a Isabel le ha llegado su hora. Dentro de la historia, el alumbramiento de una mujer constituye un hecho absolutamente normal, aunque resulte gozoso para la madre y los parientes. Nuestro caso presenta, sin embargo, un aspecto diferente. Los padres eran ancianos; la mujer, estéril; por eso, dentro de los límites humanos, era imposible una concepción y un nacimiento. Pero ante Dios no existen imposibles y por eso los ancianos han podido recibir el don de un niño. Tal es el trasfondo ambiental de nuestro texto.

El texto presupone que en el nacimiento de Juan han intervenido dos factores: actúa, por un lado, la realidad biológica de los padres que se aman. Al mismo tiempo, influye de manera decisiva el poder de Dios que guía la historia de los hombres. La expresión o signo de ese poder es el milagro de la fecundidad de unos ancianos. Su resultado, el nacimiento de Juan, que, dentro de la línea de los profetas de Israel, prepara de una manera inmediata el camino de Jesús.

Sobre este fondo se entiende perfectamente la historia del nombre. Siguiendo la tradición de la familia y suponiendo que el niño les pertenece, los parientes quieren llamarle Zacarías. Los padres, sin embargo, saben, que – aún siendo de ellos – el niño es en el fondo un regalo de Dios y Dios le ha destinado a realizar su obra; por eso le imponen el nombre de Juan, como se lo ha indicado el ángel. En toda la historia bíblica la imposición de un nombre por parte de Dios significa la elección y nombramiento para una función determinada. Desde su mismo nacimiento, llevando el nombre que Dios le ha señalado, Juan aparece como un elegido que debe realizar la misión que Dios le ha encomendado.

Ahora termina la mudez de Zacarías. La mudez era un signo de la verdad de las palabras del ángel que le anuncia el nacimiento de un niño; ante la presencia de Dios, la realidad humana ha de callar, terminan las objeciones, se acaban las resistencias. Como signo de la obra de Dios que el actuar pone en silencio las cosas de este mundo está la mudez de Zacarías. Una vez que se realiza esa obra de Dios, una vez que al niño se le pone (hay que ponerle) el nombre señalado viene de nuevo la palabra. La presencia de Dios no ha destruido la realidad humana de Zacarías, sino que la enriquece para que prorrumpe en un canto de alabanza.

A manera de conclusión señalaremos unas aplicaciones prácticas:

- lo primero es el dejar que Dios fecunde nuestra vida a través de la aceptación de su palabra (el Cristo);
- ante la obra de Dios se requiere la mudez de un silencio que escucha unido a la voz de una alabanza que engrandece la obra de Dios;
- y en el final de todo está la exigencia de actualizar el ministerio del Bautista; Dios estaba con él, nos dice el texto; Dios estará con nosotros si es que preparamos como Juan los caminos de Jesús por medio de la conversión y el cumplimiento de la justicia.